



**CUANDO LOS
ÁNGELES
DEJAN
DE
SER LO**



MARA URNOBA

*Cuando los ángeles
dejan de serlo*

Mara Urnoba

Diseño cubierta
© Fredy U.L., 2015

Edición en formato Kindle para Amazon

© Mara Urnoba, abril 2015

maraurnoba@yahoo.com

ISBN: 978-84-606-6815-2

agencialISBN.es

Primera edición impresa

© Libros En Red, octubre 2014

© Mara Urnoba, 2014

Puede comprarse la versión impresa en Amazon

No se permite la reproducción total
o parcial de este libro, por fotocopia

u otros métodos, en ninguno de sus
formatos digitales ni en su versión
en papel sin el consentimiento
expreso de los titulares del Copyright.

Dedicatoria

*A los que defendieron los derechos de los trabajadores
y las libertades.*

A mi padre, por sus años de lucha durante la dictadura.

A todos aquellos que sufren en las guerras.

Agradecimientos

He necesitado tres años de mi vida para investigar, leer, imaginar la historia principal de esta novela, inventar personajes, reinventar otros que ya existían, darles vida en acciones, diálogos, sentimientos y armarme de paciencia para evitar que se apoderasen de mi propia vida y no perdiese la cabeza en algunas ocasiones. Tengo que agradecer a mis hijos y a mi marido la comprensión y la paciencia infinita que han tenido conmigo todo este tiempo en los que he tenido que abandonarles un poquito para continuar con este proyecto.

Agradezco enormemente la ayuda que me ha prestado mi amiga Ester Rabasco Macías, que con sus buenos consejos he podido mejorar mi estilo y corregir errores gramaticales, léxicos, ortográficos y de estructura que era incapaz de ver. Doy las gracias, también, a Pedro, Mónica y Loli, que han tenido la paciencia de leérsela como lectores. Ellos, con sus comentarios, me han orientado en mejorar el planteamiento inicial de la estructura, así como la evolución de algunos personajes.

Prefacio

Es mi deber advertir al lector que no todos los personajes que aparecen en esta novela son ficticios. Algunos de ellos están basados en personajes reales. Como autora, en ningún momento he pretendido recrear sus vidas, sino reflejar un período histórico por la trascendencia que tuvo posteriormente en la historia de España. Por eso, tanto las acciones como los diálogos de esos personajes, así como sus nombres y apellidos, son inventados. Es el caso de Albert Gelsem, personaje basado en el anarcosindicalista catalán Andreu Nin, y de otros personajes que tuvieron relación con él, ya fuese porque les unió una enorme amistad, o bien porque el destino quiso que se convirtiesen en sus verdugos. Los hechos que rodean la tortura y el asesinato del personaje de Gelsem los vivió en persona el propio Andreu Nin. Este es el pequeño homenaje a un ser que luchó por la libertad de los trabajadores, como lo hizo mi padre, y otros muchos, durante la dictadura. Hombres y mujeres que nunca traicionaron sus ideales, pero que tuvieron que soportar cómo muchos otros lo hacían por miedo.

Índice

Parte I. LOS FANTASMAS

1. Las heridas

2. La cita

3. El encuentro

4. La revolución

5. La rendición

6. El entierro

7. La trampa

8. La sombra

9. La conspiración

10. El deseo

11. El descubrimiento

12. El desprecio

13. La humillación

Parte II. LA IRA

14. La sospecha

15. El cebo

16. El secreto

17. El anzuelo

18. La venganza

19. La prisión

20. La condena

21. El dolor

22. El juicio

23. El recuerdo

24. La inguina

25. La esperanza

Parte I. LOS FANTASMAS

1. Las heridas

... *A Sarah parecía que el corazón se le iba a salir y él seguía observándola desde la distancia, oliendo el aroma de un preludio mortal. Corrió tras ella con sus deformadas piernas y eran tan enormes sus zancadas que llegó a su destino en un abrir y cerrar de ojos. Sarah no podía más y se detuvo. Su corazón le bombeaba con tanta fuerza que le dolía en el pecho. Aquel ser de rostro desdibujado, que la perseguía incansablemente, la alcanzó. Y cuando la tuvo frente a él, abatida y sufrida, le dijo con aquella voz quebrada en la que apenas se diferenciaban los sonidos: "Te arrepentirás, hija de puta". Y ella, vencida, le sonrió para no dejarse vencer del todo, como muestra del ápice de orgullo que aún le quedaba. Entonces, aquel ser monstruoso la agarró del cuello en un intento de robarle lo poco que le quedaba, le apretó tan rabiosamente que ella sintió cómo la vida se le escapaba, el calor de sus dedos en su piel y, en su desesperación, deseó que las garras de aquella bestia penetrasen en su arteria rasgándole la vida. En ese momento de flaqueza, cuando creía que el final estaba cerca...*

... se despertaba empapada en sudor, se miraba las manos y veía un río de sangre recorriendo su cama. Se levantaba sobresaltada, con el corazón en un puño, y se enjabonaba las manos. Dos. Tres. Hasta cinco veces. En un acto casi ceremonial. Primero se despojaba del líquido rojo que creía ver cubriendo las palmas de sus manos. Luego, se incrustaba las uñas en las uñas para no dejar ni rastro de la culpa. Cuando terminaba, era como si el jabón llegara a su conciencia y, entonces, se sentía limpia. Muchas veces, al mirarse en el espejo, no se reconocía. Se fijaba en los sur-

cos salientes de sus ojos y le invadía el miedo. Y cuando se le hacía insoportable ver su reflejo, apartaba la mirada negándose a seguir contemplando su decadencia. En ese preciso instante, cuando el mundo se le escapaba por la boca, se desesperaba tanto que perdía los estribos, encolerizaba, lanzaba cualquier objeto contra el espejo y acababa rompiéndolo. Entonces, atrapaba el aire con la fuerza de la desesperación, como un feto que se agarra al cordón umbilical para seguir viviendo.

Tantos años de silencio le pesaban como una losa y, a veces, se preguntaba si había valido la pena deshacerse de ellos. En cambio, otras, le salía la rabia por los ojos y escupía el odio que sentía. “Debí acabar con él mucho antes y no caer rendida a sus pies como hice. ¡Dios! ¡Qué débil fui!”, se decía a sí misma cada vez que el mecanismo de sus pesadillas se adueñaba de ella y de su voluntad. Y todo porque se sentía la más infeliz de las mujeres que habitaban el planeta. “¡Qué absurdo es vivir!”, se repetía mientras se refrescaba la cara para tapar el sudor de amargura. Algunas veces pensaba que era mejor no hurgar en las heridas, olvidar lo ocurrido en aquellos años. Pero, finalmente, llegaba a la conclusión de que era un error, una negación a sí misma, porque esos años habían existido y le habían dejado una profunda huella. Una huella imborrable.

Barcelona, lunes 7 de noviembre de 2011
Residencia de Sarah Aniston May

Desde la ventana, sentada en el butacón de su abuela Agnès, contemplaba la vida. Esa vida que no disfrutaba porque sus fantasmas se habían confabulado para amargarle la existencia. Aunque brillaba como una luciérnaga en la oscuridad, durante el día, cuando sus arterias devoraban en un deambular frenético a sus gentes, parecía monstruosa. A pesar de los siglos transcurridos aún conservaba todo su encanto, su impresionante estilo gótico plasmado en sus espectaculares catedrales. Pero no era precisamente en el [barrio Gótico](#) donde vivía Sarah, sino en uno de los más pudientes y selectos de la ciudad, el de las Tres Torres, en el distrito de [Sarriá San Gervasio](#). Uno de esos barrios elegantes, residenciales, tranquilos, con fincas de amplios jardines y pocos pisos, muy lujosos y exclusivos, donde se concentraba la clase alta barcelonesa. En una de las fincas de la calle Dr. Roux se encontraba el dúplex de Sarah Aniston, muy cerca del restaurante Le Quattro Stagioni. La noche anterior había cenado en él unos espaguetis a la carbonata y se había ido pronto a casa. Su migraña no la dejaba en paz. Se preparó una infusión de valeriana y se acostó pronto, pero ni siquiera los efectos de la planta le ayudaron a conciliar el sueño. Ese odioso territorio donde cohabitaban todos sus fantasmas.

Una promesa fue suficiente para quebrar el rumbo de su vida. Los recuerdos se le agolpaban en la mente y pasaban ante la retina de sus ojos como una película. A pesar de los años transcurridos, y del dolor acumulado, el tiempo no había podido dinamitar su memoria. Recuperaba cada instante vivido durante aquellos meses de regocijo e incertidumbre como si hubiesen sucedido el día anterior. Pero cuando regresaba a la realidad, enseguida sucumbía al abandono y a la desgana de permanecer en este mundo. Esa inquina que sentía por la vida la había convertido en

una mujer malquerida por quienes la trataban asiduamente. Sin embargo, en alguna parte de su corazón albergaba sentimientos nobles que no compartía con nadie y que, a veces, afloraban a pesar de sus esfuerzos por evitar que los demás los reconociesen. Era como permitir que el muro que había edificado durante tanto tiempo para ocultarlos se derrumbase. Cuando eso sucedía, se encerraba en su biblioteca y entre aquellos tomos que recogían la inquietante, triste y confusa historia de la humanidad conseguía hacerlos desaparecer, porque en los momentos de debilidad eso era lo que más deseaba en lo más profundo de su ser. Huir. Borrar el pasado de un plumazo. Morirse.

Eran tantos los recuerdos que se escondían en las esquinas de las calles de su querida ciudad que se le hacía insoportable respirar su olor. Muros que durante siglos cobijaron a miles de moribundos cuando intentaban esquivar el frío invernal. Los mismos que soportaron guerras, asesinatos, huelgas e, incluso, la humillación de un pueblo entero. Aquellos que durante décadas resistieron y fueron testigos del deseo de libertad de sus gentes. Ese deseo irrefrenable de ahuyentar el miedo, de hacer volar las ideas, de liberarse definitivamente.

Desde el horizonte, una luz intensa y rojiza aparecía con timidez. Ya estaba amaneciendo. Una fina lluvia cubría la ciudad y el viento soplaba a intervalos, con la respiración cortada. Entonces, creyó ver el rostro de su abuela Agnès en una mujer que caminaba con pasos cortos, pero firmes, en dirección a la boca del metro y, cuando se detuvo, vio a su madre Laura regañándola. Cerró los ojos para no enfrentarse a su mirada. Al abrirlos de nuevo, las vio a las dos como un espejismo. Paseaban por esa misma calle al poco de estallar la guerra. Iban cogidas de la mano y le sonrieron cuando se dieron cuenta de su presencia. Pero Sarah corrió la cortina.

Miró el reloj. Las seis de la mañana. Todavía faltaban tres intensas horas para recibir a su invitada, una joven periodista de *El Expreso de Cataluña*, el antiguo periódico donde había trabajado algunos años de su juventud y había pasado los mejores, y también los peores años de su vida. Aquellos que intentaba borrar de su memoria, hacerlos desaparecer para siempre. Y por una extraña razón que no alcanzaba a entender, el actual redactor jefe, hijo de su amigo Roger Clos, antiguo director y copropietario actual del susodicho periódico, se había empeñado en publicar un reportaje sobre la importancia de la restauración en época de crisis. Algo así como conservar lo poco que se tiene y el valor de lo antiguo. En definitiva, no tirar a la basura aquellos trastos que las modas se habían empeñado en catalogarlos de antiguallas. Y la cuestión era el por qué la habían elegido a ella y no a otra periodista. Ella, a la que evitaba siempre que se la encontrara por esas casualidades de la vida. Ella, precisamente ella, había sido la elegida. Y no pudo negarse porque la había llamado su queridísimo amigo Roger al que le debía la vida, entre otras cosas. Al principio, tuvo sus reticencias. No deseaba tenerla tan cerca. Sin embargo, aceptó cuando Roger le dijo que no se arrepentiría. Ella. La joven que había marcado su vida. Una joven ambiciosa a la que no ansiaba conocer porque, en el fondo, aunque necesitaba aliviar de alguna manera los muchos remordimientos que no la dejaban vivir, no quería recuperar el tiempo perdido. Bastante tenía con enfrentarse a sus fantasmas cada noche e intentar ahuyentarlos. Consideraba que lo perdido era irrecuperable y que, en esas circunstancias, era preferible enterrar los recuerdos que adolecer eternamente. Pero no lo conseguía. Se le atragantaban siempre que aparecían y le hacían la vida imposible. Entonces, se dejaba vencer y se adentraba en ellos como el que avanza en un laberinto.

Barcelona, 8 de enero de 1937
Residencia de María Delafont

La boda de su hija Laura la tenía desconcertada. Agnès sabía que se equivocaba, que no era el mejor momento para casarse, sobre todo con alguien que apenas conocían. Williams Aniston parecía buen chico, pero estaba convencida de que un brigadista no era el mejor partido para su hija.

—¿Y si lo matan, Laura? ¿Qué harás?

—Lo que hará usted, madre, cuando padre se marche. Llorarle. Y cuando se me acaben las lágrimas, seguiré viviendo como hace usted con el abuelo.

Agnès cerró los ojos para esconder las lágrimas que intentaban escaparse. Laura se levantó de la mesa sin dejar de mirar a su madre y, aunque sabía que aquellas palabras le habían arañado un poquito el corazón, no se atrevió a estrecharle la mano como hacía cada vez que la sentía afligida por la enfermedad de su abuela María. Se levantó sin más y la dejó en el salón, sola, abstraída. Y Agnès, después de tragarse aquellas amargas lágrimas, agarró la carta que le estaba escribiendo a su padre, que guardaba en el costurero que dejaba todas las noches sobre el butacón, y se puso a releerla antes de ir a la oficina de Correos:

Querido padre:

Nos acordamos mucho de usted. La casa sin su gruñona presencia no es la misma. Su nieta Laura lo nombra cada día y sé que lo hace porque de alguna manera necesita sentirlo cerca. Ernest también le echa de menos, aunque no lo manifieste, no para de hablar de lo valiente que son ustedes en el frente y de que pronto, cuando deje atado sus asuntos en el sindicato y en la imprenta, se irá también. Tengo tanto miedo, padre. Esta guerra nos está separando poco a poco y es tanto el dolor que siento en el pecho, y tan intenso, que no me deja respirar. Madre también lo siente. Lo